



Andrés, hermano mío

Paula Andrea Marín C.

Escritora, investigadora, profesora de la Universidad de Antioquia,
paulanmc@gmail.com

*En momentos de confusión y desespero, las páginas llenas de letras me
esperan y me arrullan.*

Rosario Caicedo¹

¹ Rosario Caicedo, *Mil pedazos. Una memoria* (Bogotá: Planeta, 2022).

Valientes mujeres que se atreven a contar las historias de sus familias, a sacar los trapitos al sol que nunca se lavan en casa. Eso fue lo que hizo Beatriz Caballero con *Luis, hermano mío* y es también lo que ha hecho Rosario Caicedo en *Mil pedazos*. Quizás entender la historia familiar como una historia de amor sea la tarea más difícil y más importante que tenemos todos y todas, y creo que es esa tarea, precisamente, la que emprende Rosario Caicedo en su libro, dividido en tres grandes partes, separadas por una serie de poemas que Rosario ha escrito a lo largo de su existencia. En la primera parte, la autora relata la historia de su venida al mundo y eso la lleva a reconstruir la historia de su familia: de sus padres y abuelos. En la segunda parte, encontramos cartas cruzadas entre Rosario y su hermano Andrés, desde 1973 hasta 1976, a pocos meses de que este último tomara la decisión de la muerte por mano propia. La tercera parte es una hermosa y extensa carta que Rosario le escribe a Andrés, muchos años después de su muerte.

Rosario enmarca la historia de su familia en la tragedia de la muerte a temprana edad de los hijos hombres. El nacimiento de Rosario pasó de ser primero una decepción para su madre —quien quería un varón— a una promesa de amor incondicional para esa hija de la que se arrepiente de haber rechazado en un primer momento. Un año después, nace su hermano Andrés Caicedo, quien se convertirá en uno de los escritores más importantes de la tradición literaria colombiana de la segunda mitad del siglo XX y cuya obra, en la actualidad, va en aumento de reconocimiento internacional.

Rosario habla de su hogar primero como una casa en “creciente tristeza” y una madre en continuo duelo. Cuando cumple veinte años, Rosario se casa y se va a vivir a Estados Unidos, donde ha vivido por más de cincuenta años, donde se graduó como trabajadora social, donde ha hecho activismo político y desde donde ha hecho lo posible y lo imposible para que la obra de su hermano llegue a sus lectores y lectoras, aun en contra de sus otras dos hermanas, quienes no deseaban que algunas de las cartas de Andrés fueran publicadas, por mostrar el amor de su hermano por otro hombre, “una censura familiar absurda e implacable”.

Desde el nacimiento de Andrés, él y su hermana fueron inseparables, hasta el episodio de su partida a Estados Unidos. Desde ese momento, serán las cartas las que mantengan la relación fraterna y, en esas cartas, el cine será un tema fundamental, pues ambos compartían la misma pasión por él. Rosario disfruta de varios de los cineclubes de universidades estadounidenses a los que puede acceder por vía de su esposo, quien era estudiante en ellas, así como de los acervos de sus bibliotecas. Rosario irá a los cineclubes, a las bibliotecas y a conciertos para comentar luego, en las cartas con su hermano, todo lo que ha visto; asimismo, busca para él discos, libros y recortes de prensa sobre cine que pueda enviarle; así, Andrés puede ir completando sus discos de los Rolling Stones, su biblioteca en inglés de autores norteamericanos y su diálogo con críticos de cine estadounidenses.

Las cartas que contiene este libro son un lujo para los amantes de la vida y de la obra de Andrés Caicedo; allí hay comentarios sobre los libros que leía y las películas que veía en ese momento, sobre la situación política del continente, sobre la organización del Cineclub y sobre los avances de su obra. La correspondencia empieza por los días en los que Andrés estaba planeando su viaje a Estados Unidos para tratar de vender sus guiones cinematográficos y termina en diciembre de 1976, por los días en los que Andrés empieza a caer cada vez más en esa debacle emocional que deriva en su desaparición de este plano terrenal. Para Rosario, el fracaso del viaje a Estados Unidos es una de las mayores causas de esa debacle, y no es para menos: uno de los aspectos que nos permite conocer el libro es la necesidad permanente de Caicedo de irse —aunque siempre quisiera volver a Cali— y, sobre todo, de vivir por sus propios medios económicos, sin depender de las ayudas de sus padres o de un trabajo que no representaba sus principios o sus intereses. Esta dificultad —que aumentaba por el hecho de haberse negado a cursar una carrera universitaria— encarna la misma dificultad de todos los escritores y escritoras desde mediados del siglo XX, cuando la búsqueda de profesionalización del oficio empezó a estar cada vez más presente como aspiración y como conciencia. Si bien hasta muy entrado el siglo XX la mayor parte de los escritores seguía viniendo de familias con medios económicos y con capital cultural, a partir de la segunda mitad del siglo, los cambios sociales y económicos hicieron que cada vez más aspirantes a escritor o escritora que provenían de la naciente clase media vislumbraran la posibilidad de vivir de lo que escribían, más allá del periodismo y de ser redactores en cargos como funcionarios públicos. Pero esa posibilidad solo ha sido efectiva para un milimétrico porcentaje de la población de escritores y escritoras, y Caicedo no consiguió hacer parte de ella. Sigue doliendo que seres con tanto talento no puedan dedicarse tranquilamente a crear, duele que ayer como hoy carezcamos de un sistema que cuide a sus creadores, a sus artistas: “Me siento bien cuando escribo, mejor cuando termino, pero bastante inutilizado cuando no le puedo dar uso a mi obra”, escribía Caicedo en una de sus cartas a Rosario.

La familia Caicedo Estela se ubica en esta clase media: si bien la madre gozaba de tener “buenos” apellidos, no gozaban de herencias para pasarle a los hijos e hijas y el padre tuvo que trabajar

toda su vida. Estaban rodeados de parientes con muchos más medios económicos, que los trataban con condescendencia —la misma que Andrés y Rosario rechazaron a su modo— como para, por ejemplo, atreverse a pedirle a los padres de Rosario que, puesto que ellos tenían y tendrían otros hijos, les dieran a la niña, ya que ellos no habían logrado concebir; o para posibilitarles la entrada a uno de los clubes más exclusivos de la ciudad, con el objetivo de que las hijas de la familia consiguieran esposos con “buen” apellido y suficientes medios económicos, hombres que solo esperaban de la mujeres que sonrieran porque “para eso son ustedes las niñas / para alegrarnos la vida”.

La angustia constante y los temores de Andrés Caicedo están muy presentes en las cartas, su incompreensión del amor al igual que su profundo anhelo, así como su premura por seguir trabajando en su obra: sus cuentos, su novela y los números de la maravillosa revista Ojo al Cine. Afortunadamente, siempre pudo encontrar en Rosario una hermana amorosa y buena escucha, cuyo amor y admiración incondicionales por la inteligencia y la “disciplinada energía creadora” de su hermano lo acompañaron en vida y muchísimo más allá de su corta existencia. Le agradecemos a Rosario Caicedo su tenacidad y amor infinito para defender y expandir la obra de su hermano. Le agradecemos también a su padre y a sus buenos amigos que creyeron en su increíble talento y mantuvieron su legado hasta que este pudo ser publicado. Caicedo es otro de los casos en los que el tiempo ha beneficiado la obra: al cuidado y la generosidad de familiares y amigos (sobre todo, materialmente, de Luis Ospina), se han unido los cambios en la institución literaria y en el público lector, que ya cada vez menos aísla el universo caicediano por no cumplir con un canon literario demasiado tradicional; las traducciones y los lectores internacionales han hecho también lo propio, mostrándonos a los y las colombianas un espejo que no habíamos querido ver tan de cerca. ■